LAS NOVELAS DE SABATO Y LA SITUACION ARGENTINA DE 1948 A 1974

POR

NORBERTO GIMELFARB

Université de Lausanne

Cabe leer la obra novelística de Sábato en relación con el suceder político argentino, no sólo porque es parte importante de la materia que utiliza, sino también porque esa lectura nos lleva a deducciones interesantes en lo tocante a la interrelación texto-contexto social. Como un aspecto posible de una investigación más amplia, me propongo poner en paralelo varias series de fenómenos, que van de la obra al momento histórico en que se publica y de éste a la relación del autor con algunos grupos sociales, cuya ideología puede verse a través del texto. Para situarnos más concretamente en la obra de Sábato: interesa el momento en que se publica cada una de las novelas y lo que cada una de ellas significa como expresión de una visión del mundo, que es a la vez la de Sábato y la de ciertos grupos sociales con los cuales es posible identificar al autor. El propósito parece goldmaniano, pero tal vez sea menos ambicioso y sólo pretenda ser la elucidación de algunos sentidos posibles del texto. En efecto, lo es en la medida en que se admite que el autor es un «creador», con todos los armónicos románticos de la palabra, además de ser algo profeta: un novelista, ser siempre atento al mundo que le rodea, siente como un sismógrafo los movimientos telúricos del momento en que compone y publica su obra, y a veces anticipa metafóricamente los acontecimientos. Que es lo que parece acentuarse en las novelas de Sábato a medida que nos acercamos a la tercera y última, *Abaddón, el Exterminador*, cuyo lado apocalíptico anticipa precisamente, a la vez que interpreta el pasado, la triste situación en que se encontraría la Argentina dos años después de su aparición.

Recordemos la fecha de aparición de las novelas: *El túnel*, en 1948; *Sobre héroes y tumbas*, en 1961, y *Abaddón, el Exterminador*, en 1974. Si consideramos que su primer libro, *Uno y el universo*, data de 1945,

tenemos las fechas límites de lo que podemos llamar la «era de Perón», por ser las de su llegada al poder y la de su muerte. No sólo el peronismo, sin embargo, es el trasfondo político, sino el total proceso dinámico de las sucesivas orientaciones de Sábato antes y después de esas fechas, que se dan, creemos, en tres etapas, aunque la ausencia o la presencia de Perón en el país condicionan fuertemente las opciones de los intelectuales como Sábato. La carrera literaria de Sábato comienza —primera etapa— en los años de la Segunda Guerra Mundial, que tiene sus repercusiones en *El túnel*, y quizá convenga darle como marco personal el proceso que lo aleja tanto de la ciencia como de la acción política partidista primero y la militancia política en general luego, durante los años cuarenta y comienzos de los cincuenta. La segunda etapa es la que lleva a *Sobre héroes y tumbas*, marcada por el retorno a lo político y su entrada manifiesta en la novela, así como la preeminencia de preocupaciones nacionales argentinas. La tercera etapa es la que va hacia *Abaddón, el Exterminador*, y se caracteriza por la afirmación de su independencia de los partidos y el acentuarse las preocupaciones metafísicas por el lado de lo religioso, lo oculto y lo parapsicológico.

Es decisiva para Sábato su inserción en la vida literaria argentina, a través de la amistad con el grupo de la revista *Sur*, en los años cuarenta. Su deuda con Victoria Ocampo, Borges, Bioy Casares, Silvina Ocampo u otros miembros de ese círculo es tan innegable como sus divergencias posteriores. Pero de aquella época le debe de haber quedado esa particular ternura que muestra por los viejos aristócratas en *Sobre héroes y tumbas* y *Abaddón, el Exterminador* o el conocimiento que tiene de los medios de la alta burguesía porteña. En ese medio justamente se desarrolla la acción de *El túnel*, novela en que se nota, a diferencia de las posteriores, la casi total ausencia de temática política explícita. Con esos datos, y teniendo en cuenta que compromiso y militancia habían sido cosa importantísima para Sábato, acerquémonos a sus comienzos literarios.

En efecto, la década del treinta comienza y se desarrolla bajo el signo de la militancia, pero no sólo la militancia política, que lleva a Sábato del anarquismo al comunismo, sino de la militancia en general. No creo que sea mucho pedirle al término el englobar también su paso por el surrealismo, pues el grupo surrealista fue siempre un grupo militante, y además su adhesión a la ciencia, lo cual sí requiere alguna explicación. Y la explicación está en que hacer ciencia en un país subdesarrollado implica militancia, y tanto más militancia cuanto que Sábato estaba en un sector muy de avanzada. Baste recordar que Sábato siempre insistió en que los hombres de ciencia consideraron su abandono de la ciencia como una «traición» y, diría uno, una «deserción».

Es también significativo el que en los años en que termina de escribir *Uno y el universo* se retire «al desierto» en toda la acepción de la palabra, a la vida retirada de aquel rancho solitario en Córdoba. Y con esto hemos vuelto a los años cuarenta, en que comienza la carrera literaria de Sábato. También esta etapa ha de ser confrontada con la etapa posterior, la de los años cincuenta, en que empiezan a aparecer en su obra preocupaciones antes no evidentes, como el interés que se manifiesta en *Heterodoxia*, en la última parte, por la literatura y el lenguaje de Argentina. Debemos señalar también su actuación pública a partir de 1955, que es una vuelta clara a la militancia política, aunque esta vez no partidista. Todas esas preocupaciones aparecen muy claras y se evidencian en la segunda novela, *Sobre héroes y tumbas*. Pero de ahí en adelante cabe hacer notar otro cambio importante en las orientaciones de Sábato: el creciente interés por los fenómenos ocultos, la tradición y la magia. Aquí nos proponemos dejar un momento la perspectiva dinámica para confrontar los dos momentos en que aparecen las dos primeras novelas.

Esquemáticamente se puede decir que a través de *El túnel* es posible leer la reacción de un intelectual argentino de clase media que, en parte, se identifica con el grupo social de *Sur*, la alta burguesía, ante el momento político argentino de 1948. Si se ponen en paralelo las declaraciones de Sábato acerca de Perón y el peronismo, pero sobre todo las que se refieren a Perón, y la manera en que se genera el universo propio de *El túnel* desde el texto, se advierte claramente que el significado del mal en la novela y el de la última frase: «Y los muros de este infierno serán, así, cada día más herméticos», pueden adscribirse a una visión política pesimista, típica de los grupos sociales con los cuales es posible identificar a Sábato. Que no sólo Sábato ha declarado que *El túnel* es un libro pesimista, sino que debe entenderse como una reacción que va más allá de lo personalmente sabatiano. El momento político es el del triunfo del peronismo, que significa el triunfo del mal, el fascismo, el caudillo y la barbarie (en sentido sarmientino), a la vez que el cerrarse perspectivas para el grupo social en que encontramos a Sábato. Para él, en cuanto hombre de izquierda y ex universitario, es claro que nada bueno puede venir del peronismo. Para él, asimilando las perspectivas del grupo de *Sur* y probablemente como resultado de un reaccionar personal necesario a la politización anterior, una especie de desentenderse de la historia y negarla, como lo diagnostica Jorge B. Rivera en un estudio de «Lo arquetípico en la narrativa argentina del 40». Me apresuro a decir que no comparto las conclusiones de Rivera en lo que pueden tener de juicio, o más bien de reproche velado, a escritores como Borges, Bioy Casares o Sábato. Sí entiendo que en cuanto miembros de una clase o asimilados al punto de

vista de una clase sea posible interpretar así uno de los sentidos de sus obras, pero no me parece oportuno pasar a un juicio político.

De *El túnel* podría decirse entonces que es, entre otras cosas, la manera como traduce Sábato en términos novelísticos su profunda perturbación ante el rumbo que toma su país. Y del mismo modo que en *El túnel* se refleja toda una visión de encierro e imposibilidad de comunicación, además de imposibilidad de acción común, lo que se deduce de la novela que le sigue trece años después, es todo lo contrario; o por lo menos es lo que la evolución de Sábato y Sábato mismo quisieran darnos a entender. Pero hay que matizar.

Sobre héroes y tumbas aparece en un momento en que, para el tipo de intelectual que representa Sábato, ha cambiado totalmente la visión del país. Caído Perón y todavía no apagadas las esperanzas suscitadas por el Dr. Frondizi, la mayor parte de los intelectuales pasa por un período que siente como positivo y abriga grandes esperanzas en el futuro de la Argentina. Casi puede decirse que los años que van de 1955 a 1966 constituyen una de las épocas más brillantes en lo intelectual y artístico, precisamente porque los grupos intelectuales aún no han sufrido la crisis de identidad que representa la reevaluación del peronismo, ni el país experimenta el desencadenamiento de la violencia cotidiana. En lo que tiene que ver con el propio Sábato, *Sobre héroes y tumbas* es para él la novela de la «metafísica de la esperanza», con la que trata de compensar la negrura de *El túnel*. Pero más que ello, es una tentativa de abrir el texto hacia una serie de instancias extratextuales y, sobre todo, una tentativa de crear un espejo que refleje al país de tal modo que la novela se pierda en un territorio intermedio entre el universo del texto y el mundo concreto en que el texto es texto. Y ese mismo abrirse el texto para darle cabida a voces múltiples es contraste suficiente con el narrador único y «tunelresco» de *El túnel*.

Quiero dejar bien claro que no comparto la opinión de Sábato y otros críticos en cuanto al «optimismo» «esperanzado» de *Sobre héroes y tumbas*, pues ya en este libro se hace patente el dualismo de Sábato y su actitud cercana a la gnosis, y a la gnosis en que precisamente el triunfo del mal es definitivo e irreversible. Con todo, el que él insista tanto en lo positivo y optimista de esa novela, junto con el haberla presentado de manera que el joven y pobre Martín la abra y la cierre, junto a las otras consideraciones que vengo desarrollando, me autorizan a concluir que la novela de 1961 responde a una visión que va más allá de la del propio Sábato.

Entre 1961 y 1974, fecha en que aparece *Abaddón*, el deterioro de la situación de la Argentina es tan evidente, que casi no sería necesario re-

cordarlo sino para darse cuenta de que es casi una perogrullada decir que cualquier persona medianamente sensible tenía motivos suficientes como para sentirse, cuando menos, inquieta, y, cuando más, muy pesimista ante el curso de los acontecimientos. Pero si la obsesión de los ciegos puede interpretarse, en 1948, como un elemento inquietante de la obra, en 1961, como un elemento que se vuelve esencial, pero que orienta hacia una inmensa apertura metafórica a la segunda novela y la pone «en abismo» con respecto a sí misma, a la vez que pone a la primera «en abismo» con respecto a la segunda, en 1974, la secta diabólica y tortuosa y los sucesos de la Argentina se acercan y semejan de manera trágica. La novela se publica en el momento mismo en que se está dando el triunfo de las fuerzas oscuras en la Argentina: al extraño demiurgo Perón le va a suceder el brujo López Rega; las bandas asesinas andarán sueltas y libres de cometer los más terribles desmanes, y por último, la referencia apocalíptica se hará concreta, ya que, ¿qué otra cosa pueden ser los acontecimientos que culminan con la vuelta de los militares al poder en 1976 sino un apocalipsis criollo dentro de las fronteras de un solo país?

El Sábato del último período intenta una síntesis entre las actitudes del Sábato de los períodos anteriores y el Sábato que resulta de toda una evolución y de un intento personal de apertura parecido al del texto de *Sobre héroes y tumbas*. Esta vez, al texto, que ya no es sólo reflejo, sino profecía, se le añade una dimensión más en la presencia del propio autor como personaje. Y con esa dimensión ya no se sabe dónde empieza ni dónde termina el texto y el contexto. Añádase que al entrar en el libro como personaje, someterse a una metamorfosis en «rata con alas» y terminar dejándose matar y enterrar «simbólicamente» por uno de sus personajes, tenemos otro significado del libro, que acerca al autor a su maestro Borges: el libro es un refugio, además de ser un fin, por tener el mundo forzosamente que terminar en un libro. Sábato no renuncia a luchar, pero sabe que la confusión es tal, que resulta difícil saber por qué y para qué se lucha en el país. Por otra parte, de considerarse que, tal como lo quiso Sábato, sea *Abaddón, el Exterminador* su última novela, en algún sentido volvemos al punto de partida y al pesimismo de *El túnel*, aunque sea un pesimismo enriquecido por la experiencia y evidenciado por los acontecimientos de la vida de un país, sin decir nada del mundo.

Naturalmente, con *Abaddón, el Exterminador* no sólo se da ese proceso de aceptar la primacía de las fuerzas oscuras y la presencia de la muerte, sino un englobar la obra novelística propia en una «puesta en abismo» que tiene siniestras resonancias junto al nombre de Abaddón. La obsesión de los ciegos adquiere entonces una resonancia política, además de las múltiples alegóricas, simbólicas y metafóricas que posee: los

nuevos dueños de la Argentina, los torturadores, los asesinos, trabajan en sótanos, uno de los dominios favoritos de los ciegos. Los ciegos, encarnación del mal, también se han apoderado del país.

Dije al principio que iba a poner en paralelo varias series de fenómenos que me parecen conectadas a través de la sensibilidad aguda del artista algo profeta. Es que, en última instancia, los hechos parecen darle la razón al lado pesimista y oscuro de Sábato y su obra novelística. Pero hay algo más, que está en la forma que van adoptando las tres novelas y que cabe también interpretar en relación con la historia del país y la personal de Sábato: de *El túnel* a *Abaddón*, el texto termina por parecerse cada vez menos al modelo tradicional de la novela. De *Sobre héroes y tumbas* se discutió hasta el carácter de libro unitario, arguyéndose que por lo menos «El informe sobre ciegos» constituía un libro aparte. ¿Qué decir entonces de *Abaddón*, en que podrían distinguirse varios libros paralelos y hasta se siente, en el final, que al invadirlo todo la muerte también mata la novela y deja el lugar a la poesía? Pero a una poesía lúgubre, aunque no sea esto lo importante, sino esto otro: la forma novela, con su exigencia de realismo, aunque sea muy relativo ese realismo, y aun pensando sólo en lo que se llama «efecto de realidad», indica que en cierto modo no se ha perdido la esperanza de poder hacer algo sobre y con la realidad exterior; al disolverse en el tipo de poesía que termina por proponer *Abaddón, el Exterminador*, nos da una señal por demás inquietante del estado de derelicción de quien produce semejante texto. Pero más allá del individuo Sábato está lo que inevitablemente lo excede y deja traslucir que se ha llegado ya, no a una visión, sino a la ceguera total en cuanto al país, cuyo símbolo es la pasión y muerte inútil del poeta Marcelo Carranza Paz. ¿Qué tendrá que ver con la paz que tan ansiosamente busca el personaje Sábato?